

Conspiración en Tarraco

+8

M. Eloísa Caro Durán

WEEBLEBOOKS

ilustraciones: Carmen Ramos



WEEBLEBOOKS

© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Carmen Ramos
Corrección de texto: Dolores Sanmartín



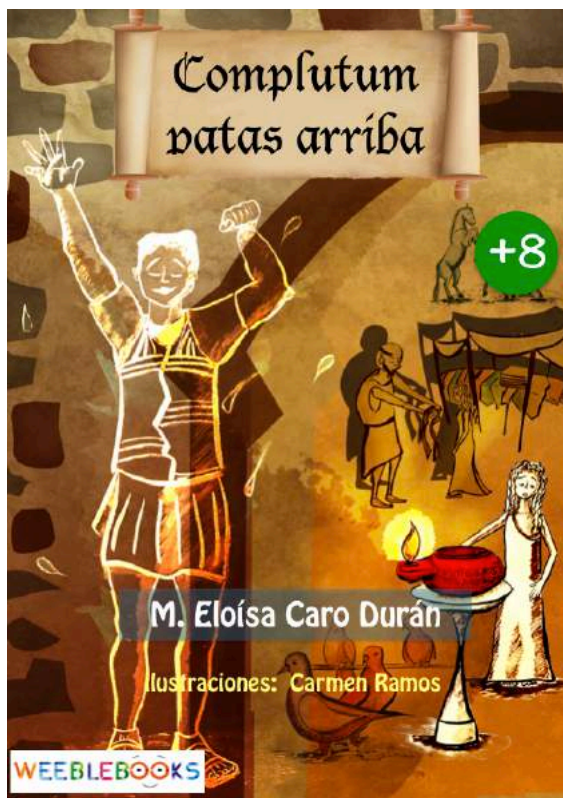
<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Madrid, España, noviembre 2017

Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Historia de ciudades

Descarga los otros libros de la colección
¡GRATIS!



Complutum patas arriba,
una historia ambientada
en la antigua Alcalá de
Henares



*Gadir y la misteriosa
joven del templo*,
una historia ambientada
en la antigua ciudad de
Cádiz

WEEBLEBOOKS

www.weeblebooks.com

Tarraco, actual Tarragona, fue una de las principales ciudades de la Hispania romana, capital de la provincia Tarraconensis.

Entre los restos que aún hoy nos hablan de su esplendor encontramos las murallas, el acueducto, el arco de Bará, varias villas en su entorno, el teatro, un singular anfiteatro por su ubicación muy próxima al mar, el foro municipal y, sobre todo, destaca el foro provincial, un conjunto monumental inmenso formado por dos grandes plazas porticadas que albergaban los principales edificios. En la inferior, probablemente la plaza más grande jamás construida en el imperio, se hallaba un peculiar espacio porticado tras el cual discurría una larga bóveda, de la que aún se conservan algunos tramos.

Conspiración en Tarraco

I

De repente sentí que algo corría por mi frente. Abrí los ojos y las risotadas de varias gaviotas que me sobrevolaban lo decían todo.

Me levanté sobresaltado como si me hubiera picado un cangrejo en el dedo gordo del pie. Sacudí la arena atrapada entre mis rizos negros y limpié con tanto énfasis el recadito de las gaviotas que casi me perforo la piel.

El frío intentaba congelar la sangre que recorría mi cuerpo menudo, pero había otro asunto que me preocupaba aún más.

“¿Cuánto tiempo habré estado dormido?”, me pregunté angustiado.

“¿Y si ha llegado ya? No puede ser que me lo haya perdido”.

Fue entonces cuando vi atracar un enorme barco con el dios del mar plasmado en la única vela que el viento agitaba sin tregua. Era el más grande y opulento de todos los que había atracados en el puerto; tenía que ser el suyo. Corrí hacia el

embarcadero gritando como un desesperado vendedor de sardinas.

- ¡Es él!, ¡es él!

Al verme tan entusiasmado, un viejo marinero que reparaba su maltrecha barquichuela frente al mar me detuvo para evitar la gran decepción.

- No, muchacho, viene por tierra, por la *vía Augusta*.

- Pero si por mar son apenas unos días -dije.

- Bueno, ya sabes cómo es esto.

Aspiré la brisa del mar, di un suspiro de alivio que pareció el resoplido del mismísimo *Eolo* y abandoné presuroso el puerto para adentrarme en la ciudad. Dejé atrás el *teatro*, crucé las murallas y caminé hasta llegar al *foro* de la ciudad.



II

Poetas, saltimbanquis y cómicos mostraban su pericia ante los incansables transeúntes. Políticos y hombres de negocios cargados con documentos salían de la *basílica*, un extenso edificio que tras sus enormes puertas de bronce abiertas de par en par dejaba ver tres amplias naves.

Todos los edificios del foro lucían un hermoso color dorado. Aquella piedra procedía de una cantera próxima a la ciudad en la que trabajó Quintus, el herrero de la villa, y de la que nos habló en muchas ocasiones.

Bajo los pórticos que rodeaban la plaza las pequeñas tiendas mostraban sus productos a los muchos clientes que se detenían ante ellos.

Entre el bullicio incesante, la presencia de innumerables soldados anunciaba que aquel iba a ser un día diferente.

Me impresionaba ver a los guardias con sus escudos y espadas resplandecientes; me imponían un cierto respeto, pero nadie mejor que ellos sabrían informarme.



Escondí mi placa de esclavo, ya que podrían tomarme por un fugitivo. Desde luego, ser esclavo no era lo que más deseaba, pero nada podía hacer yo para remediarlo. Mi intención no era convertirme en un prófugo de la ley. Una vez cumplida la misión que me había llevado hasta allí, volvería a la rutina, al trabajo duro en la villa y a vivir sin voluntad para decidir qué hacer con mi vida o adónde ir. Era consciente, eso sí, de que me esperaba el mayor de los castigos, quizás tantos latigazos como soportase la fusta, pero aún así debía intentarlo.

- ¿Podrían decirme cuándo llega el emperador? -pregunté a los guardias tímidamente, entornando mis transparentes ojos castaños al hablar.

- ¿Y tú quién eres y por qué quieres saberlo? Eso es secreto de estado -dijo en tono burlón el más maduro, al que llamaban Napius, supongo que por el desmesurado tamaño de su nariz.

- ¿Y si eres un insurrecto que prepara un complot?

- No, no, yo soy Minus y he venido a la ciudad únicamente para ver al emperador *Adriano*, para mostrarle respeto y pleitesía y

para presenciar su entrada triunfal en Tarraco -dije intentando ganar su confianza.

Aquella sencilla respuesta era cierta; sin embargo, no les desvelé lo más importante, lo que verdaderamente me había llevado hasta allí.

Senectus, el esclavo más anciano de la villa, cuando me veía decaído siempre decía, buscando mi sonrisa:

- Me ha contado *Júpiter* que si conseguimos ver el rostro del emperador en una moneda o en una estatua tendremos suerte durante cinco días, pero si conseguimos verlo en persona tendremos toda la suerte del mundo.

Ambos sabíamos que incluso contemplar su efigie en una moneda era prácticamente imposible para un esclavo, pero mi viejo compañero y amigo conseguía inculcarme esa ilusión que me mantenía vivo.

Cuando escuché a Caius hablar sobre la visita del emperador Adriano a Tarraco no pude resistirme; debía intentarlo, tenía que verlo, tal vez *Júpiter* estaba en lo cierto. A veces también las ilusiones y los sueños se hacen realidad.

Era evidente que los guardias querían pasar el rato con el que consideraron un inocente muchacho como yo recién llegado a la ciudad. Así pues, no les iba a decepcionar, tendrían su entretenimiento. Saqué las dos cáscaras de nueces que siempre me acompañaban, oculté una piedrecita en el interior de una de ellas y las moví de un lado a otro.

- ¿Dónde está la piedra? -pregunté.

- Aquí, aquí -dijeron todos señalando la misma mitad. Me hicieron repetirlo mil veces, y mil veces fallaron, hasta que finalmente les hice una propuesta.

- Si me decís cuanto quiero saber, os enseñaré el truco.

Tardaron menos en atender mi petición que una lagartija en hallar el hueco más próximo.

- El emperador y su séquito acamparon cerca del Arco de Triunfo -me respondió el mismo Napius-, a catorce millas de la ciudad. Se espera su llegada para esta tarde. La entrada triunfal se iniciará en el foro provincial.

En vista de su cooperación, aproveché para seguir preguntando.

- ¿Cómo es el emperador?
- Dicen que lleva el cabello y la barba rizada según la moda griega.

Intenté cumplir mi promesa enseñándoles a ser rápidos y ágiles, y además les regalé las cáscaras de nueces. Enseguida se pusieron a practicar. Aunque nunca llegaban a concluir la partida porque se peleaban como niños, todos pretendían ser el primero. Yo aproveché para huir antes de que se dieran cuenta de que, en realidad, no había truco que aprender.

III

Caminar por las aceras de aquellas calles empedradas, beber agua en sus fuentes o cruzarme con el gentío que entraba y salía de las termas, suponía una sensación nueva para mí; me hacían sentirme libre.

Aún estaba a tiempo para buscar el mejor sitio desde donde ver el desfile, justo en el lugar que los guardias me habían indicado.

Cuando me disponía a salir del foro, dos varones tan fuertes como *titanes* llamaron mi atención. A pesar del frío que ya se colaba entre los huesos, vestían una escueta y sobria túnica casi negruzca que dejaba entrever no sólo su piel oscura, sino también varias cicatrices en los glúteos y en los brazos. Cada uno portaba al hombro una enorme bolsa de cuero; parecían tan pesadas como una carga de *sillares*. Me acerqué con sigilo, pero además de algunos remiendos sólo pude apreciar un tenue sonido metálico que salía de su interior.

“¿Quiénes serían aquellos hombres misteriosos?”, me preguntaba.

Tal vez eran *gladiadores* que venían de poner a punto sus armas e indumentaria para los juegos que se celebrarían en honor al emperador.

Verlos entrenar sería otro espectáculo único que no podía perderme. Así pues, decidí seguir sus pasos.

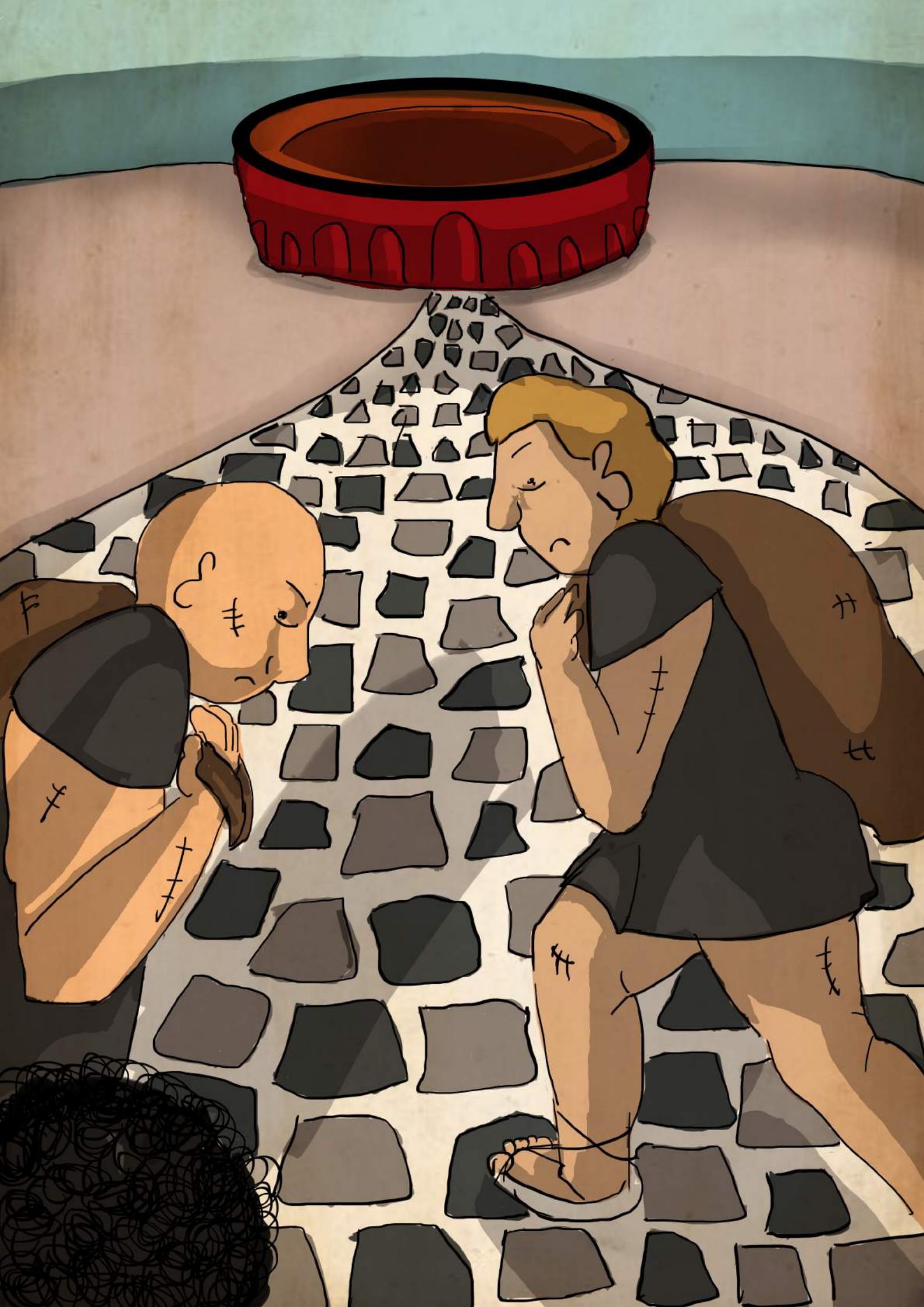
Mis sospechas parecían acertadas, caminábamos en dirección al *anfiteatro*. Cuando estábamos cerca, los dos desconocidos se detuvieron y giraron la cabeza hacia atrás, tal vez se sentían acosados. Me lanzaron una mirada cargada con clavos incandescentes; yo, en cambio, les sonreí y esperé impasible unos instantes para retomar la persecución.

Solamente había estado en Tarraco una vez cuando era muy pequeño y tengo un único recuerdo. Yo me escondía tras las piernas de mi madre, ambos nos abrazábamos sobre una tarima de madera y entre quienes nos observaban desde abajo, alguien dijo:

- Cincuenta *sextercios*.
- Adjudicados. Son para usted.

Pero de eso hace ya demasiado tiempo.

Nos detuvimos ante aquel magnífico edificio junto al mar.



- ¡Vaya!, menudo sitio eligieron para colocar el anfiteatro, un poco más y las fieras hubieran entrado nadando directamente desde el agua.

Subí hasta la última grada, desde donde se veía el horizonte fundirse con el mar. Me senté en el palco de las autoridades. Sabía que no sería posible, pero cuánto me hubiera gustado asistir a uno de aquellos increíbles espectáculos. Bajé a la arena, donde saludé como un gran vencedor jaleado por los vítores de un público invisible.

Cuando concluí mi peculiar representación me percaté de que había perdido a los dos enigmáticos fortachones.

Conducido por unas voces que parecían venir de ultratumba bajé a la zona de los fosos. Al aproximarme, escuché parte de una conversación.

- ... Tú serás el encargado de hacerlo. Cogerás ésta, la de la empuñadura plateada...

Olía a humedad y estaba muy oscuro. Di un tropiezo y al apoyar las manos para no caerme empujé una verja de hierro.

De una sola zancada había entrado en el infierno más profundo.

Un hilillo perdido de luz que se coló del exterior me mostró la realidad de mi situación. Un enorme león con la melena más revuelta que Sansón estaba tumbado ante mí. Movía la cola insistentemente, como los gatos cuando se preparan para la caza.

“¿Pero qué hace éste aquí?”, parecía decir su cara de asombro.

Cuando conseguí reaccionar, le dije con voz suplicante:

- He venido hasta aquí para ver al emperador y conseguir toda la suerte del mundo. Ahora no puedes estropearlo. Tienes que dejarme marchar.

Comencé a caminar muy despacio hacia atrás, manteniendo la mirada en sus ojos color miel y pensando en voz alta:

- No puedo terminar aquí, me niego en rotundo.



Llevé la mano hacia atrás e intenté abrir la puerta, pero fue imposible. ¡Alguien había echado el cerrojo!

El animal se puso en pie, parecía que su paciencia se estaba acabando.

Deslicé mi mano entre la reja y cuando él adelantó la primera pata en dirección a mí, no sé muy bien con qué intenciones, la puerta se abrió. De un salto salí de allí y de un portazo la volví a cerrar.

- Pero ¿qué haces tú aquí? -dijo una voz que me resultaba familiar.

Me volví y allí estaba Napius. Me alegré tanto al verlo que le lancé los brazos al cuello, atrapándolo como una garrapata a su presa. Él me apartó de un manotazo.

- Esto es muy extraño, ¿quién ha intentado liquidarte?, ¿en qué turbios asuntos estás metido? No serás uno de esos conspiradores que al parecer andan merodeando por la ciudad...

- No, no. Yo estaba aquí con los gladiadores...

- Ja, ja, no dirás que eres gladiador, porque tienes menos envergadura que un triste lenguado.
- Es que yo me encargo de atender a los luchadores.
- Y esa historia de ver al emperador... -dijo confundido-. ¡No serás en realidad un esclavo fugitivo! No tengo ni un solo motivo para fiarme de ti -dijo con cierta sorna, supongo que al recordar nuestro primer encuentro en el foro.
- Por supuesto que no -respondí totalmente angustiado y esbozando una inocente sonrisa escoltada por mis marcados hoyuelos.
- Sabrás que el castigo para los esclavos huidos es la pena de muerte.

Vaya preguntita absurda, todo el imperio lo sabe, hasta las sabandijas lo saben.

- Ya me encargaré yo mismo de comprobarlo. Volveremos a vernos - sentenció antes de salir.

Aún me temblaban las piernas cuando fui consciente de que aquel cerrojo no se había cerrado solo. Pero por qué, quién



quería deshacerse de mí, un pobre esclavo como yo que sólo pretendía ver al emperador.

En aquel subterráneo, junto a la sala donde aguardaban su turno para salir los gladiadores, hallé una pequeña capilla. En la pared central había una pintura de la diosa Némesis, la protectora de aquellos hombres que le pedían amparo antes de jugarse la vida en la arena. Yo también aproveché para agradecerle que aún estuviera vivo.

IV

Crucé de nuevo las puertas de la muralla para entrar en la ciudad y allí estaban otra vez, muy cerca del *circo*, aquellos hombres cargados con las bolsas de cuero.

Mi teoría sobre los gladiadores y la carga de su indumentaria parecía no ser muy acertada.

¿Qué guardaban, pues, en aquellos fardos inseparables? Una vez allí, no podía marcharme sin averiguarlo.

Entré tras ellos en el circo; era impresionante, aún vacío y sin escucharse el griterío de los espectadores ataviados con sus pañuelos de color azul, verde, rojo o blanco, según apoyasen a uno u otro equipo.

Caminé por la arena junto a la *espina* cubierta por placas de mármol, e imaginé los carros pujando por vencer. Desde las *cárceles* esperaban la señal para salir. Las puertas se abrieron y la lucha comenzó. El que iba en primera posición parecía acercarse hasta mí. Pero ¡qué estaba ocurriendo!, el ligero carro de madera y juncos no llevaba *auriga* y los cuatro caballos blancos iban tan veloces que parecían desbocados. Cada vez se aproximaban más y más hasta que me percaté de que aquello no formaba parte de mi fantasía, se trataba de una *cuadriga* real que corría directamente hacia mí a toda velocidad. Intenté esquivarla apartándome hacia un lado, pero no fue suficiente y el carro me golpeó. Caí desplomado al suelo y no sé cuánto tiempo estuve fuera de combate.

Cuando comencé a recobrar la consciencia estaba aturdido y bañado en una espesa capa de polvo.



La cuadriga había desaparecido y tampoco había rastro de los enigmáticos portadores; en cambio, apareció alguien que no podía faltar. Por una de las puertas laterales entró Napius. En cuanto me vio, desde lejos gritó:

- ¡Otra vez tú! Quién si no podría haber formado el mayor caos que se recuerda en la ciudad. Pero ¿qué le has hecho a los caballos que corren como si estuvieran endemoniados por las calles, atemorizando a todo el mundo?

Yo no sabía qué estaba ocurriendo. No entendía por qué alguien quería fulminarme y, por lo tanto, no tenía ninguna respuesta que darle. Fingí no escucharlo y corrí para buscar una salida. En verdad, lo único que me importaba realmente era ver al emperador.

Descubrí que a través de la tribuna presidencial se accedía al foro provincial, así pues aproveché aquel pasadizo para desaparecer.

V

Se acercaba la hora del desfile, debía abandonar cualquier pasatiempo y centrarme en buscar el mejor escenario.

Pasé al otro lado del corredor y quedé perplejo al contemplar ante mí aquel interminable espacio. Había dos inmensas plazas porticadas. Seguro que no encontraréis otras tan extensas en todo el imperio. La de arriba, situada en la zona más alta de la ciudad, se correspondía con un espacio de culto presidido por un templo dedicado a Augusto, donde estaba previsto que el emperador Adriano ofreciese un sacrificio.

A continuación bajaría por la gran escalinata hasta la otra plaza donde sería agasajado por los súbditos. Por último entraría en el *pretorio*, ubicado en una de las torres meridionales; en la otra torre se hallaba la audiencia.

Vistasas guirnaldas de flores adornaban la fachada del archivo, la *curia* y el consejo provincial.

Los lugareños comenzaban a invadirlo todo. A lo lejos ya se escuchaba el sonido de las trompetas que anunciaban la visita imperial.

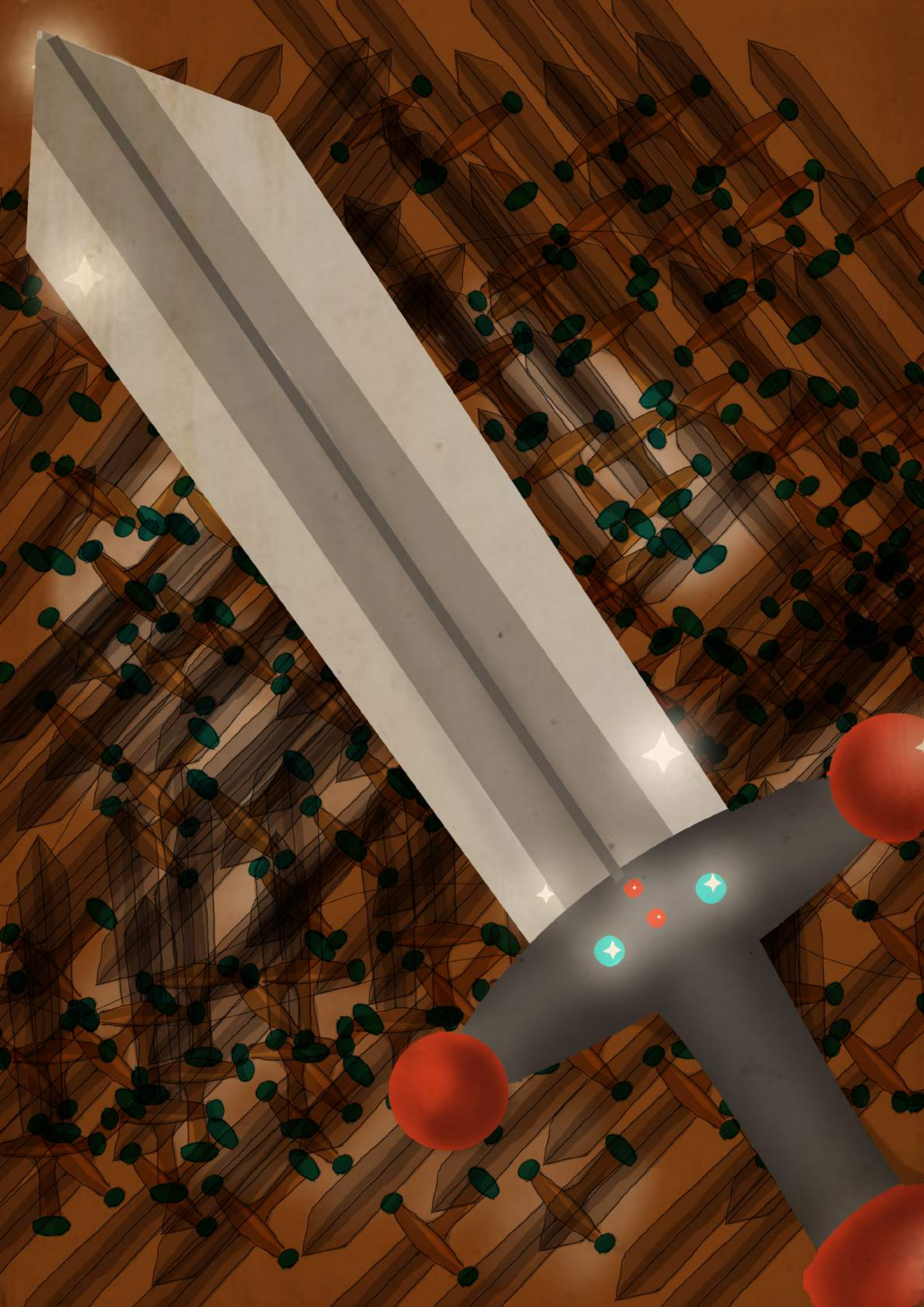
Debía apresurarme. Me hallaba tras el pórtico, al inicio de un largo pasadizo abovedado. A pesar de estar en penumbras, tras los escombros de unas obras no podéis ni imaginar lo que distinguí. Nada menos que las dos misteriosas e inconfundibles bolsas de cuero, las mismas que me habían acompañado desde mi llegada a la ciudad. No vi a nadie custodiándolas y por supuesto me fue imposible luchar contra la gran curiosidad que me envolvía.

Impaciente, me apresuré para abrirlas, pero varios nudos en las cuerdas que las cerraban me lo impedían. Cuánto más tiraba más herméticas se volvían, hasta que, al fin, de un enérgico tirón conseguí vencer los enredos y descubrir su contenido. Miré adentro y lo vi con claridad. Cada una de las bolsas escondía un verdadero arsenal formado por impresionantes espadas. Aunque lo verdaderamente interesante llegó después. Observé aquel cargamento detenidamente y comprobé que una de las espadas era

diferente a las demás. Se trataba de una pieza muy larga, demasiado pesada, con el filo especialmente afilado, y, además... ¡tenía el puño plateado! Fue entonces cuando todo tenía sentido. Recordé la frase que había escuchado en el anfiteatro: "Tú serás el encargado de hacerlo. Cogerás ésta, la de la empuñadura plateada".

Aquellos hombres efectivamente no eran gladiadores, ni tampoco aurigas; eran conspiradores y, sin duda, pretendían atentar contra el emperador.

El sonido de las trompetas que llegaba del exterior se acercaba y también dos sombras sospechosas. Asustado, rompí por la mitad las dos bolsas y me escondí tras los escombros. A través de la silueta reconocí a los dos hombres corpulentos a los que había perseguido hasta el anfiteatro y el circo. Cuando los malhechores se aproximaban para recoger las armas, sin importarme que eran mucho más fuertes que yo, me eché sobre ellos por sorpresa, enredándolos entre las bolsas. Como dos ratillas atrapadas en una red chillaban desconcertados. Comenzaron a manotear buscando una salida y cuando ya casi



no podía controlarlos, alertados por el alboroto, llegaron varios soldados que patrullaban cerca.

Era increíble, pero allí estaba de nuevo Napius.

“¿Es que no había más soldados en Tarraco?”, me preguntaba.

- Pero bueno, ¿cómo es posible que estés metido en todos los conflictos de la ciudad? -dijo él-. Aunque en esta ocasión tu comportamiento no ha podido ser más meritorio. Tú solito has desbaratado un complot organizado contra el emperador, a quien acabas de salvarle la vida. Debo reconocer que has sido muy valiente.

Los conspiradores también se sorprendieron al reconocermé.

- ¡Tú! -dijeron al unísono.

- Cómo has conseguido sobrevivir, no es posible -se lamentó uno de ellos-. Ni el león, ni los carros, debes ser el favorito de los dioses.

Pero en aquel momento los reconocimientos, agasajos y confesiones nada importaban.

- ¡Silencio! -grité yo, totalmente fuera de mí.



- ¡Ya no se escuchan las trompetas! ¡Ha terminado el desfile!
-clamé enfurecido-. Ya no podré ver al emperador. Ya nunca conseguiré tener toda la suerte del mundo.

Todos se marcharon y yo permanecí allí, acurrucado con mis penas. Decepcionado, me quedé dormido recordando las penurias que había sufrido en la villa. Después de haberme sentido libre por primera vez en aquella ciudad, resultaba muy duro aceptar que debía volver para seguir siendo esclavo.

VI

El rayo de luz más intenso que proyectó la mañana me despertó. Al abrir los ojos vi ante mí a un *centurión* y a dos obedientes soldados. Pensé que ya habían denunciado mi desaparición y figuraba en la lista de esclavos fugitivos, pero me sorprendía tanta guardia para un simple esclavo como yo.

- Tengo órdenes de llevarte conmigo -dijo el centurión.

- Si yo ya me marchaba a la villa, no tienen que preocuparse por mí -dije con voz sumisa.

- Síguenos.

Cualquiera se negaba ante aquellas convincentes lanzas y espadas gigantes que portaban.

Salimos del túnel a la plaza. Parecía que habían pasado varias legiones triunfantes por ella. Restos de comida, pétalos de flores, excrementos de caballos, conformaban una mullida alfombra por la que comenzamos a caminar.

Nos dirigíamos en dirección al pretorio. Los soldados no soltaban prenda y yo comenzaba a inquietarme.

Nos detuvimos en la entrada y hasta que no conseguimos el permiso pertinente del guardián de la puerta no pudimos acceder al interior.

- Pero qué hago yo aquí -les preguntaba con insistencia a mis centinelas.

- Aguarda aquí -dijo el centurión.

Acatando sus indicaciones, permanecí de pie, en medio de un pasillo con el suelo cubierto de mármol blanco y las paredes pintadas de rojo, custodiado por un centinela.

Aterido de frío, intenté calentarme las manos en un brasero de bronce cuyas patas emulaban las garras de un animal. Cuando las piernas comenzaban a entumecerse y la desazón avanzaba, un soldado me pidió que lo acompañase.

Como una sombra seguí sus pasos al mismo ritmo que él había marcado, hasta que de repente se detuvo y abrió de par en par las dos puertas de madera, que daban acceso a un amplio salón con el suelo adornado por un hermoso mosaico de brillantes colores.

Ante mí, sentado sobre un majestuoso sillón labrado en piedra blanca, aguardaba un personaje ataviado con una *toga* de color púrpura imperial. Antes de marcharse, el joven soldado me empujó hacia él y quedé allí plantado, sin saber qué hacer. Aún estaba lejos del insigne personaje; tímidamente di unos pasos más hasta que aquel noble rostro fue bien visible. El pelo rizado, al igual que la barba, tan cuidados, como sus gestos, sólo podían pertenecer a un hombre. Enseguida supe de quién se trataba: no había dudas, me hallaba ante Adriano, ante nuestro emperador.

- ¿Cómo te llamas? -me preguntó.

- Soy Minus y he venido a Tarraco sólo para verle -me atreví a responder.

No podía creerlo, estaba frente el emperador, lo tenía muy cerca y sólo para mí.

- He sido informado de tu acto heroico y quiero recompensarte por ello.

Su asistente me entregó un pequeño cofrecillo de madera.

- Ábrelo -me dijo.

Estaba repleto de monedas.

Pero yo no atendía a nada de lo que hacía o decía el hombre más poderoso del imperio, sólo lo miraba sin pestañear.

- Gracias, señor -acerté a decir, con los ojos secos, casi petrificados, pero abiertos de par en par.

La audiencia terminó pronto. En el pasillo que conducía a la salida me crucé con Napius, que como siempre estaba en todas partes.



- Ya puedo borrar tu nombre de la lista de esclavos fugitivos, si yo lo sabía, estabas el primero. Aunque ya nada importa, ¡enhorabuena muchacho! Ahora podrás comprar tu libertad.

Al salir de allí, custodié aquel obsequio entre mis ropas y cuando al fin conseguí reaccionar, fui consciente de lo que me había ocurrido.

Le hablé entonces a Senectud, que tal vez me estaba observando desde su otra vida.

- Es una pena que no estés aquí. Júpiter tenía razón, he conseguido ver al emperador y ahora tengo toda la suerte del mundo.

Fin

Glosario

ADRIANO: Emperador del imperio romano (117-138 d.C.)

ANFITEATRO: Lugar público utilizado en la Antigua Roma para espectáculos y juegos, principalmente la lucha de gladiadores. Tenía forma ovalada.

ARCO DE TRIUNFO: Monumento con carácter conmemorativo.

AUGUSTO: Primer emperador romano. Fue divinizado.

AURIGA: Conductor de carros que competían en el circo.

BASÍLICA: Edificio ubicado en el foro y destinado para impartir justicia principalmente.

CÁRCERES: Espacio en el circo romano con salida a la arena donde se colocaban los carros dispuestos para iniciar la competición.

CENTURIÓN: Oficial del ejército romano.

CIRCO: Recinto alargado, destinado principalmente a las carreras de bigas o cuadrigas, entre otras.

CUADRIGA: Carro tirado por cuatro caballos en línea.

CURIA: Edificio donde se reunía el Senado local.

EOLO: Dios del Viento en la mitología griega.

ESPINA: Muro colocado en medio del circo y en torno al cual se desarrollaba la carrera.

FORO: Zona central de una ciudad semejante a las plazas actuales, donde tenía lugar el comercio, la administración, la justicia y la religión. Solía haber un foro municipal exclusivo de la localidad y un foro provincial enfocado para asuntos relacionados con la provincia.

GLADIADORES: Combatiente armado que entretenía al público en la Antigua Roma en diferentes tipos de confrontaciones.

JÚPITER: Es el dios principal de la mitología romana.

PLAZA PORTICADA: Espacio cubierto que permite el tránsito de peatones.

PRETORIO: Residencia del procurador.

SEXTERCIO: Moneda de plata en la Antigua Roma.

SILLAR: Piedra labrada por varias de sus caras.

TEATRO: Construcción típica del imperio cuya finalidad era la interpretación de obras griegas y latinas.

TITÁN: En la mitología griega eran una raza de poderosos dioses.

VÍA AUGUSTA: Calzada romana más larga de Hispania que discurría desde los Pirineos hasta Cádiz, bordeando el Mediterráneo.

La autora

M. Eloísa Caro Durán

M. Eloísa es licenciada en Historia, especialidad de Arqueología. Sus relatos nos sumergen en el fascinante mundo antiguo con un carácter eminentemente didáctico pero con una total fiabilidad histórica.

Es una apasionada defensora del Patrimonio Cultural definiéndolo como “todo aquello que se conoce, se aprecia, y por lo tanto se respeta”. Con sus relatos, la autora desea dar a conocer y divulgar nuestro patrimonio Histórico y Arqueológico.

Eloísa ya ha publicado varios libros de relatos históricos entre los que podemos citar *El secreto de la seda* en Editorial Editarx y Amazon, *Pasadizo en el tiempo*, en Amazon, *Microhistorias en Hispania*, en Amazon, y *Pedacitos de Historia. Sorbitos de Arqueología*, en Amazon.

Con nuestra editorial ha publicado [La Historia y sus historias](#), [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y seguirá colaborando con nuestro proyecto. Es un lujo tenerla con nosotros.

Cabe destacar su blog sobre historia. Podéis visitarlo en <https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/>

M. Eloísa también realiza charlas-taller para institutos, colegios, museos, bibliotecas, asociaciones de historia, de lectura y entidades culturales. Tenéis más información en

<https://mariaeloisacaroduran.wordpress.com/charlas/>

Contacto: pedacitosdehistoria@gmail.com

La ilustradora

Carmen Ramos

Carmen es ilustradora infantil. Le encanta crear ilustraciones para los más peques y lo hace de forma magistral.

Licenciada en Comunicación Publicitaria y Diplomada en Gestión de Negocios, esta argentina vibra cuando se pone en su estudio a ilustrar.

Carmen está muy involucrada en la educación, la infancia, las artes, la cultura, el medio ambiente y la ayuda humanitaria. Un ejemplo para todos.

Carmen es colaboradora habitual de nuestra editorial. Ha ilustrado nuestros libros [Peppoff y Kampeón](#), [El libro mágico de la Naturaleza](#), y [Pequeñas historias de grandes civilizaciones](#), y se encuentra en proceso de ilustrar otros tres libros más. Estamos encantados con ella.

Si queréis ver algunas de sus ilustraciones, visitad:
<https://www.behance.net/carmenisa>

Contacto: carmenisa@gmail.com



La editorial



WeebleBooks es un proyecto educativo abierto a la colaboración de todos para fomentar la educación ofreciéndola de una forma atractiva y moderna.

Creamos y editamos libros educativos infantiles y juveniles divertidos, modernos, sencillos e imaginativos para los niños y jóvenes del siglo XXI.

¡Y lo mejor es que son gratuitos en formato electrónico!
Queremos hacer accesible esta nueva forma de aprender.

Apostamos por el desarrollo de la imaginación y la creatividad como pilares fundamentales para el desarrollo de los más jóvenes.

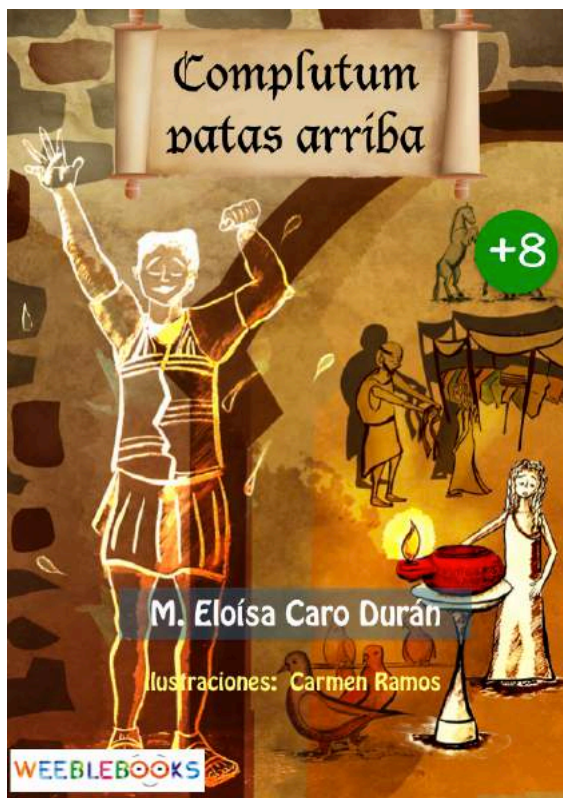
Con nuestros libros queremos rediseñar la forma de aprender y de leer.

Si quieres saber más de nosotros y conocer otros libros que puedes descargar, visítanos en:

www.weeblebooks.com

Historia de ciudades

Descarga los otros libros de la colección
¡GRATIS!



Complutum patas arriba,
una historia ambientada
en la antigua Alcalá de
Henares



*Gadir y la misteriosa
joven del templo*,
una historia ambientada
en la antigua ciudad de
Cádiz

WEEBLEBOOKS

www.weeblebooks.com

Otros libros publicados

Mi primer viaje al Sistema Solar
Viaje a las estrellas
La guerra de Troya
El descubrimiento de América
Amundsen, el explorador polar
Pequeñas historias de grandes civilizaciones
La Historia y sus historias
El reto
Descubriendo a Mozart
¡Espárragos en apuros!
El equilibrista Alarmista
Uh, el cromañón

Alba descubre Andalucía
Descubriendo a Dalí
Cocina a conciencia
Descubriendo a Van Gogh
Apolo 11, objetivo la Luna
El Lazarillo de Tormes
El ratoncito y el canario
Mi primer libro de historia
OVNI
La tortilla de patatas
De la Patagonia a Serón
Mi amiga Andalucía

Cómo leer los libros



Lee **GRATIS** nuestros libros on-line en tu ordenador o tableta. No necesitas ninguna aplicación



Si lo prefieres descarga **GRATIS** nuestros libros en diversos formatos y tenlos para siempre



Si después de leerlos te han gustado, puedes **COMPRARLOS** impresos (*). Además ayudarás a nuestro proyecto

Si quieres colaborar con nuestro proyecto,
contacta con nosotros.

www.weeblebooks.com
info@weeblebooks.com



Nuestro vídeo



Visita nuestra web



© 2017

Autora: M. Eloísa Caro Durán
Ilustraciones: Carmen Ramos
Corrección de texto: Dolores Sanmartín



<http://www.weeblebooks.com>
info@weeblebooks.com

Licencia: Creative Commons Reconocimiento-
NoComercial-CompartirIgual 3.0
<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/es/>

Madrid, España, noviembre 2017